

DE BUENAS LETRAS

El gran tour de Pedro Antonio de Alarcón y su amigo Giorgio Ronconi

MIGUEL ARNAS CORONADO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Hay en Guadix un monumento a aquel su ilustre paisano. Aparece sentado, con la mirada en el horizonte como si evocara pasadas aventuras en tierras lejanas. Y digo pasadas porque las corrió. El 29 de agosto de 1860 salió de Madrid para llegar a París. Tren, barco y paciencia. Horas o días, y disfrutar del paisaje y de la compañía, de las múltiples vicisitudes que entonces tenían los viajes, no como hoy donde el destino es lo importante sin gozar del itinerario. Tras una estancia en París, el final del viaje debía ser Nápoles, tras cinco meses de goce e incidencias de toda clase.

De ese viaje surgió una memoria y un libro, más de seiscientas páginas, donde el lector puede sentirse compañero del accitano, de su capacidad de observación y de su prosa.

Desde años antes, era típico entre los jóvenes ingleses de las clases pudientes viajar a Italia. A eso lo llamaban el Gran Tour. Era su iniciación. En todos los aspectos: artísti-

cos, de relaciones sociales, históricos y hasta eróticos, todo hay que decirlo.

Para Pedro Antonio no era una iniciación, de ningún modo. Tenía 27 años cuando lo emprendió, ya había gozado del éxito en Madrid con una novela y un drama e incluso tenía experiencia en narraciones viajeras, pues había publicado algunas de ellas en el periódico 'El Museo Universal'. Para concretar más sus triunfos, tenía escrito y publicado en 1859 un libro también extenso llamado 'Diario de un testigo de la guerra de África' en el que pormenorizaba sus experiencias como soldado y periodista en aquella contienda.

'De Madrid a Nápoles' es rico en todos los aspectos. Una anécdota es quizá la que más me emocionó de las tantas y tantas que lo adornan. Alarcón no detalla cómo se encontró en la capital francesa con el cantante de ópera Giorgio Ronconi, a quien conocía por sus exitosas actuaciones en el Teatro Real de Madrid, pero este, tras exigirle que fuera de rigurosa etiqueta, lo condujo en tren y en noche cerrada a las afueras de París. No con-

sintió en decirle el destino al que se dirigían, solo habló de «una gran sorpresa». El caso es que, apeados en cierta solitaria estación, se encaminaron hacia una casona que resultó ser la mansión de Gioacchino Rossini, el famoso autor de 'Guillermo Tell'. Este llevaba ya retirado treinta años y dedicaba su ocio a recibir amigos en casa y dar 'soirées' musicales en las que siempre, según Alarcón, estrenaba alguna pieza pianística: 'divertimentos' y aun tonadas humorísticas. En efecto, el viaje fue una gran sorpresa, pues el joven Pedro Antonio se encontró de pronto frente al músico que había sido la admiración de toda Europa y causa de las iras de Beethoven.

Ronconi, (de mote 'Ropones' en la Granada de entonces) que había estrenado varias óperas de Donizetti y el 'Nabucco' de Verdi, actuó por última vez en Madrid representando 'Lucrezia Borgia', que fue un fracaso pues había empezado a perder la voz. Decidió instalarse en Granada, quizá animado por el escritor, donde compró el Carmen de Buenavista, sito entre la Cuesta del Realejo y el callejón Niño del Royo. Este Carmen se denomina hoy de Ronconi, donde el barítono o tenor, pues su tesitura era amplia, estableció una escuela de canto. Finalmente, se fue a Madrid donde murió, quizá víctima en Granada de desidias políticas o Dios sabe qué. Acaso sería una buena idea recuperar dicho Carmen e instalar en él algún museo musical u operístico, recompensando así algún mal rato que, seguramente, el cantante debió pasar en nuestra ciudad. Es lástima que haya sido olvidado y los visitantes o, aún peor, los lugareños que por allí pasamos, ignoremos quién fue ese Ronconi que da nombre italiano a una casa granadina.